

dria para llevarme á la casa de su deuda, y yo podría salir la mañana siguiente.

Mi esposa me suplicó le dejase al mozo Domingo, para tener un criado de confianza á quien mandar si se le ofrecía alguna cosa. Yo accedí á su gusto sin demora, y el marques no puso embarazo en ello; antes dijo: mejor, se le dará un cuarto abajo á Domingo, y les podrá servir de portero y compañía.

Mientras que el marques se fué á comer compuse el baúl de mi esposa, dejándola mil pesos en oro y plata, por si se le ofreciere algo.

Cuando el marques vino, no habia mas que hacer que la llevada de mi esposa, cuya separacion le costó, como era regular, muchas lágrimas; pero al fin se quedó, y yo marché en la misma tarde á dormir fuera de garita.

Aquí llegaba Don Antonio, cuando uno de los reglamentos de la cárcel volvió á interrumpir su conversacion.

CAPITULO VII.

Cuenta PERQUILLO la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo, y Don Antonio concluye su historia.

L motivo porque se volvió á interrumpir la conversacion de Don Antonio, fué porque serian como las cinco de la tarde cuando bajó el alcaide á encerrar á los presos en su respectivo calabozo, acompañado de otros dos que traian un manojo de llaves.

Luego que encerró á los del primer patio pasó al segundo, y el

feroz presidente, aun amostazado contra mí, sin razon, me separó de la compañía de Don Antonio y me llevó al calabozo mas pequeño, sucio y lleno de gente. Entré el último, y cerrando con los candados, quedamos allí como moscas en cárcel de muchachos.

Por mi desgracia, entre tanto hijo de su madre como estaba encerrado en aquel sótano, no habia otro blanco mas que yo, pues todos eran indios, negros, lobos, mulatos y castas, motivo suficiente para ser en la realidad, como fuí, el blanco de sus pesadas burlas.

Como á las seis de la tarde encendieron una velita, á cuya triste luz se juntaron en rueda todos aquellos mis señores, y sacando uno de ellos sus asquerosos naipes, comenzaron á jugar lo que tenian.

Me llamaron á acompañarlos; pero como yo no tenia ni un ochavo, me escusé confesando lisa y llanamente la debilidad de mi bolsa; mas ellos no lo quisieron creer, antes se persuadieron á que ó era una ruinada mia, ó vanidad.

Jugaron como hasta las nueve, hora en que ya apenas tenia la vela cuatro dedos y no habia otra; y así determinaron cenar y acostarse.

Se deshizo la rueda, y comenzaron á calentar sus ollitas de alberjones en un pequeño brasero que ardia con cisco de carbon.

Yo esperaba algun piadoso que me convidara á cenar, así como me convidó Don Antonio á comer; pero fué vana mi esperanza, porque aquellos pobres todos parecian de buen diente y mal comidos, segun que se engullian sus alverjones casi frios.

Durante el juego yo me habia estado en un rincon, envuelto en mi zarape y rezando el rosario con una devoción que tiempo habia que no lo rezaba: ya se vé, ¿qué navegante no hace votos al tiempo de la borrasca?

Las maldiciones, juramentos y palabrotas indecentes que aquella familia mezclaba con las disputas de juego, eran innumerables y

horrorosas, y tanto, que aunque para mis oídos no eran nuevas, no dejaban de escandalizarme demasiado. Yo estaba prostituido; pero sentía una genial repugnancia y hastío en estas cosas. No sé que tiene la buena educación en la niñez, que en la más desbocada carrera de los vicios suele servir de un freno poderoso que nos contiene; y ¡desdichado de aquel que en todas ocasiones se acostumbra á prescindir de sus principios!

Así que cenaron, cada uno fué haciendo su cama como pudo, y yo que no tenía petate ni cosa que lo valiera, viendo la irremediable, doblé mi zarape haciendo de él colchón y cubierta, y de mi sombrero almohada.

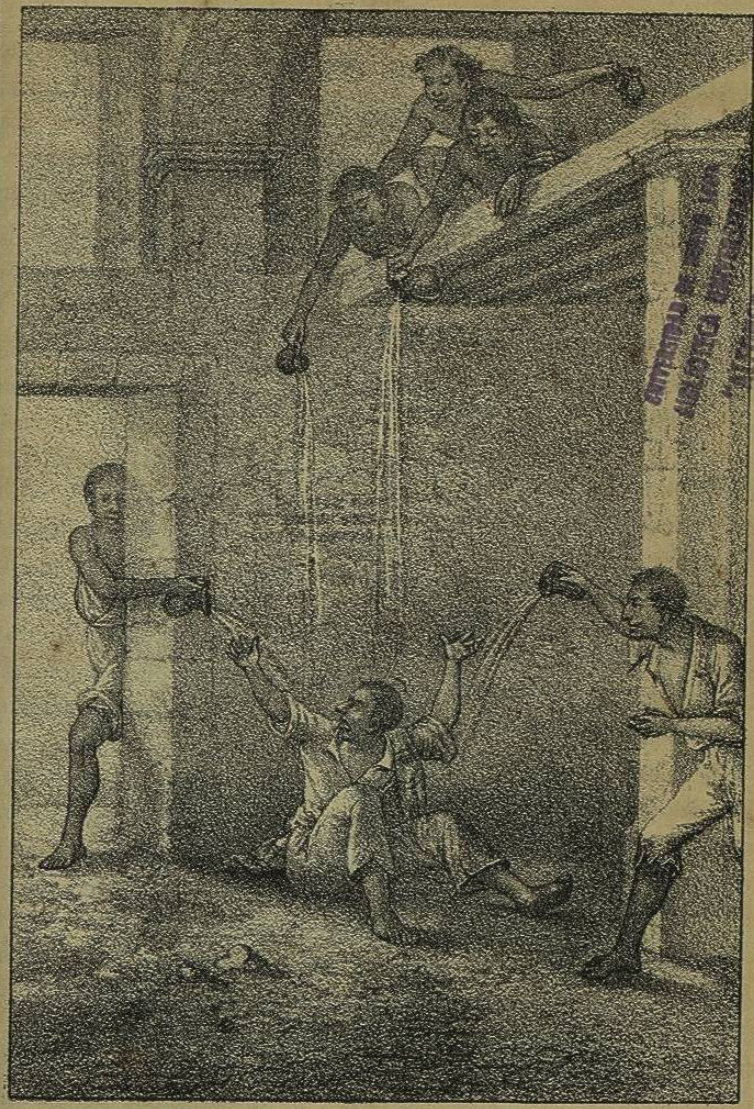
Habiéndose acostado mis concubicularios, comenzaron á burlarse de mí con espacio, diciéndome: ¿con que amigo, también vd. ha caído en esta ratonera por *cucharero*? ¡Buena cosa! ¿Con que también los señores españoles son ladrones? Y luego dicen que eso de robar se queda para la gente ruin.

No te canses, Chepe, decía otro, para eso todos son unos, los blancos y los prietos; cada uno mete la uña muy bien cuando puede. Lo que tiene es que yo y tú robaremos un rebozo, un capote ó alguna cosa así; pero estos cuando roban, roban de á gordo.

Y como que es ansina, decía otro; yo apuesto á que mi camarada lo ménos que se juró fueron doscientos ó quinientos: y ¿á qué compone, he? ¿á qué compone?

Así, y á cual peor, se fueron produciendo todos contra mí, que al principio procuraba disculparme, mas mirando que ellos se burlaban más de mis disculpas, hube de callar, y encogiéndome en mi zarape al tiempo que se acabó la velita, hice que me dormí, con cuya diligencia se sosegó por un buen rato el habladero, de suerte que yo pensé que se habían dormido.

Pero cuando estaba en lo mejor de mi engaño, he aquí que comienzan á disparar sobre mí unos jarritos con orines; pero tantos



He aquí que comienzan á disparar sobre mí unos jarritos con orines.

tan llenos y con tan buen tino, que en menos que lo cuento ya estaba yo hecho una sopa de meados, descalabrado y dado á Judas.

Entonces sí perdí la paciencia, y comencé á hartarlos á desvergüenzas; mas ellos en vez de contenerse ni enojarse, empezaron de nuevo su diversion, hartándome á cuartazos con no sé qué, porque yo que sentí los azotes no ví á otro día las disciplinas.

Finalmente, hartos de reirse y maltratarme, se acostaron, y yo me quedé en cuclillas junto á la puerta, desnudo y sin poderme acostar, porque mi zarape estaba empapado, y mi camisa también.

¡Válgame Dios! y qué acongojado no sentí mi espíritu aquella noche al verme en una cárcel, enjuiciado por ladron, pobre, sin ningún valimiento, entre aquella canalla, y sin esperanza de descansar siquiera con dormir, por las razones que he referido; mas al fin, como el sueño es valiente, hubo de rendirme, y poco á poco me quedé dormido, aunque con sobresalto, junto á la puerta, y apenas habia comenzado á dormir, cuando saltó una rata sobre mí, pero tan grande, que en su peso á mí se me representó gato de tienda; ello es que fué bastante para despertarme, llenarme de temor y quitarme el sueño, pues aun creia que los diablos y los muertos no tenían mas que hacer de noche que andar espantando á los dormidos. Lo cierto del caso fué que ya no pude dormir en toda la noche acosado del miedo, de la calor, de las chinches que me cercaban en ejércitos, de los desaforados ronquidos de aquellos pícaros y de los malditos efluvios que exhalaban sus groseros cuerpos, junto con otras cosas que no son para tomadas en boca, pues aquel sótano era sala, recámara, asistencia, cocina, comunes, comedor y todo junto. ¡Cuántas veces no me acordé de las ingratas noches que pasé en el arrastraderito de Enero!

Al fin quiso Dios echar su luz al mundo, y yo que fuí el prime-

ro que la ví, comencé á reconocer mis bienes, que estaban todavia medio mojados, por mas que los habia esprimido; ya se vé, tal fué el aguacero de orines que sufrieron; pero por último, me vestí la camisa y calzonillos, y trabajo me costó para ponerme los calzones, porque mis amados compañeros, creyendo que los botones eran de plata, no se descuidaron en quitárselos.

A las seis de la mañana vinieron á abrir la puerta, y yo fuí el primero que, muerto de hambre y desvelado, me salí para afuera, tanto para quejarme con mi amigo Don Antonio, cuanto por esperar el sol que secara mis trapos.

En efecto, el buen Don Antonio se condolió de mi mala suerte, y me consoló lo mejor que pudo, prometiéndome que no volveria á pasar otra noche semejante entre aquellos pícaros, pues él le suplicaria al presidente que me dejara en su calabozo.

¡Ay amigo! le dije, que me parece que se avergonzará vd. en vano; porque ese comitre es muy duro é incapaz de suavizarse con ningunos ruegos del mundo.

No se afija vd., me contestó, porque yo sé la lengua con que se le habla á esta gente, que es con el dinero; y así, con cuatro ó seis reales que le demos, verá vd. como todo se consigue.

Aun no acababa yo de darle las gracias á mi amigo, cuando me gritaron, y yo pensaba que era para otra declaracion, salí corriendo, y ví que no era la llamada sino para ayudar á la limpieza del calabozo, en donde me hicieron tantos daños la noche anterior; ésta se reducía á sacar el barril de las inmundicias, vaciarlo en los comunes y limpiarlo.

No sé cómo no volqué las tripas en tal operacion. Allí no me valieron ruegos y promesas; porque el maldito vejancon que lo mandaba viendo mi resistencia, ya comenzata á desatarse el látigo que tenia en la cintura: y así, yo por excusarme mayor pesadumbre, quise que no quise, desempeñé aquel asqueroso oficio, concluido el

cual me fuí otra vez al calabozo de mi buen amigo, que era mi paño de lágrimas.

Luego que lo ví me salieron éstas á los ojos, y le volví á referir mi nuevo castigo. El no se hartaba de consolarme y procurarme mi alivio de cuantas maneras podia.

Lo primero que hizo fué hacerme acostar en su pobre cama, me dió un posillo de chocolate, cigarros, y despues salió á buscar al feroz presidente, de quien consiguió cuanto quizo, pagando por mí los injustos derechos que estos bribones llaman *patente* (1), y dándole no sé que otra gratificacion, con lo que gracias á Dios me dejaron en paz.

Yo no tenia palabras con que significar mi gratitud á Don Antonio, despues que entendí (porque me lo dijo otro preso) todo lo que habia hecho por mí; pues él apenas me aseguró que no me mortificarían mas. Este es el verdadero carácter de un buen amigo y de un caritativo, no jactarse del beneficio que hace, hacerlo sin mérito, y tratar aun de que no lo sepa el agraciado, para que no le cueste el trabajo de agradecerlo. Pero ¡qué pocos amigos hay de éstos! y ¡qué pocas caridades se hacen con tanta perfeccion! Ordinariamente las mas caridades ó favores que llevan este nombre, suelen hacerse mas bien por pasar plaza de generosos y buenos cristianos (lo que á la verdad es hipocresia), que por hacer un beneficio, y esto es puntualmente contra el orden mismo de la caridad, pues Jesucristo dijo que lo que dé la mano derecha no lo sepa la izquierda. Es decir, que todo bien que haga el hombre lo haga

(1) Parece que la tal gavela impuesta por la codicia fuera razonable en el reino para eximirse con una corta cantidad del pesado oficio de hacer la limpieza; pero esto deberia ser en el caso de que no hubiese reos destinados por castigo al servicio de la cárcel; mas habiéndolos, claro es que éstos lo hacen, y así jamas deberian obligar á esto á los infelices que no tienen para pagar esta contribucion injusta, que siempre para en la bolsa de los mas criminales, como por lo ordinario son los presidentes que las cobran. Aun se le verá peor cara á este abuso si se considera que cobrar tales pechos á los presos está prohibido por las leyes.

por Dios, sin esperar premio del hombre; porque si éste lo paga, ya Dios no debe nada, para que nos entendamos; y es bastante premio del beneficio publicarlo en nuestro obsequio, ó compulsar fácilmente al beneficiado á que nos viva reconocido con su agradecimiento.

Era Don Antonio muy prudente, y como sabia que no habia yo dormido en toda la pasada noche, me hizo acostar y no me despertó hasta la una del dia para que lo acompañara á comer.

Me levanté harto de sueño, pero necesitado del estómago, cuya necesidad satisface á espensas del piadoso preso, quien luego que se concluyó nuestra mesa frugal, me dijo: amigo, creeré que á pesar de los trabajos que ha sufrido vd. aun le habrá quedado gana de acabar de saber el origen de los míos. Yo le dije que sí, porque á la verdad su plática era un suave bálsamo que curaba mi espíritu afligido, y Don Antonio continuó el hilo de su historia de esta suerte:

“Me acuerdo, dijo, que quedamos en que salí de esta ciudad con mis mulas y arrieros, quedándose en ella mi esposa en casa de la tía vieja, sin mas compañía de su parte que el mozo Domingo.

Quisiera no acordarme de lo que sigue, porque sin embargo del tiempo que ha pasado, aun sienten dolor al tocarlas las llagas de mis agravios, que ya se van cicatrizando; mas es preciso no dejar á vd. en duda del fin de mi historia, tanto porque se consuele al ver que yo sin culpa he pasado mayores trabajos, cuanto porque aprenda á conocer el mundo y sus ardides.

Nada particular ocurre que decirle á vd. tocante á mí, porque nada tiene de particular el viaje de un viandante, ni su residencia en el paraje de su destino: á lo menos yo caminé y llegué al mio sin novedad, mientras que á mi honrada esposa se le preparaba la mas terrible tempestad.

Luego que el pícaro del marques..... perdóneme este epíteto

indecoroso, ya que yo le perdono los agravios que me ha hecho. Luego, pues, que conoció que yo ya me habia alejado de México, trató de descubrir sus pérfidas intenciones.

Comenzó á frecuentar á todas horas la casa de la hipócrita vieja, que no tenia ni la virtud que aparentaba ni el parentesco que decia, y no era otra cosa que una alcahueta refinada, y con semejante auxilio, considere vd. lo fácil que le pareceria la conquista del corazon de mi mujer; pero se engañó de medio á medio, porque cuando las mujeres son honradas, cuando aman verdaderamente á sus maridos y están penetradas de la sólida virtud, son mas inespugnables que una roca.

Tal fué esta heroína de la fidelidad conyugal. Las astucias del marques, sus dádivas, sus halagos, sus respetos, sus seducciones, sus promesas y aun sus amenazas, juntas con las repetidas y vehementes diligencias de la maldita vieja, fueron inútiles. Con todas ellas no sacaba el marques mas jugo de mi esposa que el que puede dar un pedernal; y ya desesperado, advirtiendo por tan repetidas experiencias que aquel corazon no era de los que él estaba hecho á conquistar, sino que necesitaba de armas mas ventajosas, se determinó á usar de ellas y á satisfacer su apetito á pura fuerza.

Con esta resolucion, una noche determinó quedarse en casa para poner en práctica sus infucos proyectos, pero apenas lo advirtió mi fiel esposa, cuando con el mayor disimulo, aprovechando un descuido, bajó al patio al cuarto de Domingo, y le dijo: el marques dias ha que me enamora: esta noche parece que se quiere quedar acá, sin duda con malas intenciones: la puerta del zaguan está cerrada: no puedo salirme aunque quisiera: mi honor y el de tu amo están en peligro: no tengo de quien valerme ni quien me libre del peligro que me amenaza, mas que tú. En ti confío, Domingo, si eres hombre de bien y estimas á tus amos, hoy es el tiempo en que lo acredites.